

ha logrado, por divina permisión, adueñarse momentáneamente del cuerpo de algún hombre? Por eso al resonar el nombre de Jesús, *nombre santo y terrible*¹, cuanto se regocijan los bienaventurados, tanto se consternan y retuercen los demonios, y con ellos ¡triste caso! los malaventurados humanos que forman en las filas del infernal caudillo. Por eso mismo lo detestan los tiranos, lo persiguen los herejes, lo escarnecen con labio in-mundo los impíos, lo deshonran con hechos indignos los obstinados pecadores. Todos éstos forman la legión de soldados de Satanás; mas todos ellos con su jefe, bien á pesar suyo y mordiendo el polvo de su rabia, doblan la rodilla heridos por el resplandor del nombre augusto de Jesús.

12. Todos ellos te persiguen con odio encarnizado, Compañía santa, que llevas ese nombre por divisa. Mas ¿qué importa, si él mismo es tu escudo inexpugnable? Nada temas; antes bien regocíjate y gloriarte el día de hoy conmemorando los monumentos auténticos de la predilección de tu invicto Capitán Jesús. Recuerda que Él te ha dicho: *Elegi et sanctificavi locum istum, ut sit nomen meum ibi*². No sólo te ha enriquecido con su nombre, sino también con sus ojos y su corazón: te ha dado sus ojos para mirar siempre por ti, su corazón para amarte. *Mi corazón estará allí todos los días*. Tú lo sabes muy bien, querida Madre mía, porque sabeslo por experiencia de tres siglos: Jesús no ha faltado á sus magníficas promesas. Gloriarte de esto, es gloriarte en el Señor. Bendícele, pues, y que todos tus hijos alaben su santo nombre³. Porque, bien puedo decirlo humildemente, *ha hecho contigo cosas grandes el que es*

¹ Ps. 110, 9.² 2 Par. 7, 16.³ Ps. 102.

*todopoderoso, y cuyo nombre es santo*¹. Él te ha dado fuerza y valor para llenar hasta aquí tus deberes, los dulces cuanto sublimes deberes que te impone tu divisa; de trabajar sin descanso por dilatar la gloria de ese nombre de Rey y Salvador. Prosigue infatigable ¡oh gloriosa Compañía!, prosigue hasta la consumación de los siglos, sin escasear sudor ni sangre, en esa tu nobilísima tarea, que es tarea de apóstoles, doctores y mártires. Lidia y, vencedora ó vencida, no des tregua hasta ver triunfante entre lampos de gloria ese dulce y adorable nombre, y hasta dejar asentado en la tierra su reino, el reino de Dios, que, dilatándose en el tiempo, se fije y consume en la feliz eternidad. Así sea.

SEGUNDO PANEGÍRICO DEL DULCE NOMBRE DE JESÚS

(predicado en San Ignacio de Bogotá, el 1.º de enero de 1896).

Jesús, Salvador del hombre y de la sociedad.

Nec enim aliud nomen est sub cœlo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri.

No hay otro nombre debajo del cielo, dado á los hombres, en que podamos ser salvos.

Act. 4, 12.

1. No es uno sólo el punto de semejanza que á primera vista se descubre entre la plenitud de los tiempos antiguos y la plenitud de los tiempos modernos. Llena estaba la copa del placer venenoso á que arrimaban los ardientes labios las naciones que tocaban ya la meta de la civilización puramente humana, las generaciones que Roma convidaba con sus grandezas y sus

¹ Luc. 1, 49.

refinamientos sensuales; pero, al propio tiempo, estaba llena el alma de aquella sociedad de deseos, deseos insaciables de mejor condición, ansias de felicidad, de paz, de salvación... Aquella sociedad, brillante y hostigada de placeres, iba hundiéndose en el abismo de la nada á cuyo borde la había conducido el exceso de su corrupción, porque aquella civilización bastarda era el imperio del error y del crimen, era la ruina de la verdad y la virtud, cubierta con el manto de púrpura de la dominación universal. Por eso se elevaba desde el fondo de todas las almas, como desde los cuatro vientos del universo, aquel clamor intenso, aquel grito agudo que penetraba los cielos, aquel hondo lamentar de la mísera humanidad invocando un Salvador: *Veni, Domine!*¹

2. El Salvador vino, en efecto, y su imperio, que no envejece nunca, cuenta ya diez y nueve centurias, durante las cuales la humana familia se ha levantado á una grandeza moral nunca antes soñada. Pero ¡ay! en medio de eso, á fines del siglo décimonono, del siglo de los brillantes descubrimientos científicos, del vapor y de la electricidad, óyese de nuevo el antiguo clamoreo del siglo de Augusto, óyese el grito de la sociedad moderna, no satisfecha de sí misma ni de su presente bienestar. ¿Qué quiere, pues, la humanidad? ¿Un nuevo Mesías, un nuevo Salvador? Mas, dónde lo encontrará, si desconoce al que tiene su trono en medio de la tierra? *En medio de vosotros está*, decía el Precursor de Cristo, *aquel á quien no conocéis*². La presencia del Salvador del mundo entre los hombres es tan brillante como la luz del sol á mediodía, *ni hay quien pueda ocultarse de sus rayos*³; y, sin embargo, el mundo ciego suspira

¹ Apoc. 22, 20.² Io. 1, 26.³ Ps. 18, 7.

por la aparición de un nuevo astro, por la venida de un nuevo Salvador. ¡Vana aspiración! Pues, el decreto está rubricado por el dedo del Omnipotente: *No hay otro nombre debajo del cielo, fuera del nombre de Jesús, en cuya virtud puedan los hombres ser salvos*¹. Proclamémosle muy alto en este gran día que abre las puertas del año de gracia de 1896: no hay otro Salvador sino Jesús, el Hijo de Dios vivo nacido de la Virgen María. *Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo*².

3. En efecto, hermanos míos, basta comprender la naturaleza de la salvación y las condiciones que debe revestir el Salvador, para convencerse de que éste no puede ser otro que Jesús. Porque, ¿de qué abismos se trata de rescatar al hombre? ¿Por ventura de las profundidades de la miseria temporal? ¿de la esclavitud física? ¿de la muerte misma de este cuerpo de barro? ¡Ah! cristianos: esto parece ser lo único que preocupa al pensador de nuestros días, cuando se plantea el problema de la salvación, como si el hombre no estuviera hundido en otro abismo mil veces más hondo y espantoso, el del pecado y de la muerte eterna; como si no debiese aspirar á la posesión de más altos bienes que los que le brinda la efímera existencia terrestre. De aquí que, desconociendo el alcance y la importancia de la salvación, parezca fiar el mundo de hoy su porvenir á un Salvador cualquiera, no de otra suerte que hicieron los judíos soñando con un Mesías conquistador, al modo de Alejandro. ¿Qué digo, á un héroe? Á una idea confía su salvación la sociedad pagana de este fin del siglo. Por eso invoca en términos pomposos el advenimiento de la libertad, del progreso, de la ilustración... cual si

¹ Act. 4, 12.² Marc. 14, 61.

en el triunfo de estas ideas estuviere cifrada la salud del género humano. ¡Error funesto! ¡ceguedad inexplicable después de tantos siglos de experiencias!

4. Desmintamos hoy el vano pensamiento del hombre, haciéndole ver que el nombre santo de Jesús es el único que debe invocar el mundo perdido ó amenazado de perderse, porque sólo Jesús es el Salvador verdadero del hombre, así en la eternidad, como en el tiempo. *Todo el que invocare el nombre del Señor, será salvo*¹. Más breve: Jesús, Salvador del hombre y de la sociedad, he ahí todo el objeto de vuestra atención y el asunto de mi discurso. *Ave María.*

I.

5. En la Sagrada Escritura, hermanos míos, siempre que se habla de salvación en general, ya sea en sentido propio, ya en lenguaje figurado, entiéndese hablar de la salvación eterna y de los males eternos, no de la liberación de la muerte física y de los males temporales. Y tal es el significado grandioso que conserva esta palabra en el lenguaje universal cristiano, pues nunca se rebaja la dignidad de la palabra salvación á significar menos que la adquisición de la eterna bienaventuranza. Ésta es, en efecto, la verdadera salvación, la única con que debe preocuparse todo hombre sensato que medita y pondera la nobleza de su origen y la grandeza de su destino. Era preciso descender hasta el nivel de la antigua filosofía pagana, esto es, hasta el epicureísmo más descarado de un Nerón y un Helio-gábalo, como vergonzosamente ha descendido nuestro siglo, para degradar el concepto de salvación, refirién-

¹ Iael 2, 32.

dole principalmente á los bienes y males del orden material, á la vida y muerte del tiempo. Nadie dirá que calumnio á la vana sabiduría del siglo y á sus connotados representantes, cuando afirmo que para nada toman en cuenta la salvación del alma en la eternidad, preocupados totalmente con los intereses del momento. ¿No es ésta la corriente de las ideas que bajan de las altas regiones filosóficas y sociales? ¿No han inundado ya la tierra el indiferentismo, la duda, la fiebre de goces materiales?

6. Para nosotros que, gracias al nombre de Jesús, conservamos, apoyados en la fe, las doctrinas racionales de la espiritualidad é inmortalidad del alma, no hay nada más absurdo ni monstruoso que ese abyecto y grosero materialismo que nivela la suerte del hombre con la del bruto. Para nosotros la salvación exige dos cosas necesariamente, cuales son allanar el camino, y subir por él hasta el monte del Señor. Para lo primero es preciso obtener el perdón de los pecados; para lo segundo es necesario el auxilio sobrenatural y divino que se llama gracia. Manchados con la culpa, no podemos salvarnos: destituídos de la gracia, tampoco podemos escalar los alcázares del cielo. De donde se sigue que no reconocemos por Salvador sino á Aquél que puede perdonarnos el pecado, y conferirnos la gracia; y éste no es otro que nuestro buen Jesús. ¡Su nombre es el solo anuncio de salvación! ¡Viva Jesús, Salvador nuestro!

7. Causa profunda extrañeza que el pretendido sabio del siglo décimonono no se afane ni mucho ni poco por aquello de que se han mostrado vivísimamente preocupados los hombres de todos los siglos, las naciones en masa: quiero decir, por la responsabilidad ante Dios,

Juez eterno de las acciones humanas. Agobiado el pecador bajo el peso de sus crímenes, no ha encontrado más alivio que tratar de aplacar la justicia del cielo por medio de sacrificios, expiaciones y lágrimas de penitencia. Fuera de este camino no ha hallado más término á sus remordimientos que la desesperación ó un loco desenfreno. ¡Á qué letargo de muerte no conduce la pérdida de la fe cristiana! ¡Á qué ceguera no arrastra el extravío de la razón! Desde que el pecador sacudió el yugo de la ley divina, ahogó también el remordimiento de la conciencia, prescindió de la cuestión de responsabilidad. ¡Vano intento, cristianos oyentes! El pecador no puede acallar enteramente los gritos de una conciencia culpada, y, tarde ó temprano, si no se lanza al bátrio de la desesperación y del suicidio moral, tiene que implorar el perdón de Dios, tiene que volver en torno los ojos buscando un Salvador. Y ¿á quién hallará sino á Jesús? Juan Bautista, el austero censor de los desórdenes de Herodes, predica penitencia en las aguas del Jordán; mas, cuando una nube de pecadores compungidos reclama á voces el perdón de sus pecados, el Precursor les dice: No soy yo quien puedo perdonaros, no soy el Salvador que os figuráis: *en pos de mí viene el que ha de borrar el pecado del mundo con el bautismo del Espíritu Santo*¹. En cuanto á los Fariseos y Saduceos impenitentes, los aterra con esta voz de trueno: *Generación de víboras, ¿quién os enseñará á escapar de la ira de Dios que os amenaza? Ya está puesta la segur á la raíz del árbol venenoso y estéril, que será arrojado al fuego*². Llega, en efecto, Jesús de Nazaret, preséntase en el centro de Judea, vése al

¹ Matth. 3, 11.² Matth. 3, 7—10. Luc. 3, 7—9.

instante rodeado de enfermos, pecadores y obsesos, y dice al paralítico: *Tus pecados te son perdonados*¹; y, para que el mundo sepa que el Hijo del hombre tiene poder en la tierra para perdonar los pecados, dígotelo á ti, ¡oh paralítico! levántate². Y el enfermo incurable se levanta sano de cuerpo y alma; y las turbas glorifican al Señor que ha enviado al Salvador de los hombres³.

8. Mas no ha de ser Judea el solo teatro de las misericordias del Señor. Jesús ha subido á la diestra de su Padre, dejando á los Apóstoles la misión de predicar su evangelio en todo el universo⁴. El universo estaba poblado todo de pecadores, muchos de los cuales, no habiendo perdido la fe ni el temor de Dios, anhelaban por la gracia de la reconciliación. Pedro anuncia á Jesucristo ante una masa de millares de judíos y gentiles, y un grito de júbilo resuena en el fondo de todas las almas: ¡es que les ha anunciado en nombre de Jesús el perdón de los pecados! *Vobis remissio peccatorum annuntiat*⁵. *Todos los que creyeren en él, dice el heraldo de Dios, recibirán por su nombre el perdón de los pecados, según el testimonio de todos los Profetas*⁶. Y, al decir estas solemnes palabras, vese bajar al Espíritu Santo sobre un grupo de paganos convertidos, como para ratificar el cielo la sentencia de la tierra. El grande Apóstol destinado especialmente á llevar la luz de la verdad á los pueblos gentiles, hablaba así á los habitantes de Roma: «Todos los hombres, judíos y gentiles, han caído en el pecado, pues escrito está: No hay un solo justo, uno sólo que obre el bien; todos,

¹ Matth. 9, 2.² Matth. 9, 6.³ Luc. 5, 25 sq.⁴ Marc. 16, 15.⁵ Act. 13, 38.⁶ Act. 10, 43.

por tanto, necesitan de la gracia de Dios para ser justificados. La sangre de Jesucristo es el precio de la justificación: por ella se perdonan todos los delitos precedentes¹. La misma doctrina predica en todas partes, pues no es otra la idea capital del gran dogma cristiano de la Redención. La Redención es todo el cristianismo; y aquélla no es otra cosa que la remisión de los pecados. ¡He aquí, pues, exclamaré con el Profeta, á mi Dios, he aquí á mi Salvador!² He ahí á ese tierno, pero omnipotente Niño, que tiene en sus manecitas la llave del perdón; si él abre, nadie se atreve á cerrar; si él cierra las puertas del cielo, ¿quién será capaz de abrirlas?³ Jesús es, pues, el único Salvador, porque Él sólo perdona los pecados.

9. Y esta verdad que me enseñan á una los Profetas y los Doctores de la nueva Ley, bastante me la indica mi propia razón, esclarecida con las luces de la verdad revelada. Porque desde el instante en que hube dado albergue en mi corazón al monstruo del pecado, hícime enemigo de Dios, irroguéle ultraje desmedido, incurri para siempre en su tremenda indignación. Al dar una mirada sobre mí mismo, quedé helado de espanto, exclamé como el traidor desencantado: *Peccavi!* ¡ay de mí! soy reo de lesa majestad divina: demasiado enorme es mi iniquidad para que pueda yo esperar el perdón que no merezco⁴. ¿Quién lo implorará por mí? ¿quién hablará en mi favor ante el tribunal de la Justicia infinita? ¿quién será bastante poderoso para ablandar el corazón de un Dios indignado contra mí? Comprendo que no basta mi arrepentimiento para quedar desatado del reato

¹ Rom. c. 3, passim.

² Is. 12, 2.

³ Apoc. 3, 7.

⁴ Gen. 4, 13.

que me envuelve como cadena de infierno, ni bastan mis lágrimas para lavar la mancha de sangre que llevo impresa en mi alma. Necesito un Salvador, un Dios y hombre juntamente, cuya faz ensangrentada estremezca las entrañas del Señor: necesito triunfar de su justicia por medio de su misericordia personificada, encarnada en *el Fusto* que habrá de hacerse víctima expiatoria. ¡He ahí lo que sólo Jesús puede ejecutar! ¡Ay de mí sin Jesús mi Salvador! *Jesu, spes pœnitentibus, quam pius es petentibus, quam bonus te quærentibus!*¹ De ahí que las lágrimas dulcísimas de la penitencia se mezclen con las dulzuras del santo nombre de Jesús. ¿Quién mejor que el penitente, que el pecador que llora con amor y confianza y deposita sus lágrimas en el seno de la misericordia del Salvador, ha de poder decir por experiencia íntima: ¡Oh Jesús, dulcedumbre de los corazones!² ¡Ah! nadie mejor que él, arrancado del abismo de la desesperación por la unción del nombre de Jesús, sabrá decir: ¡Oh nombre más dulce al paladar que la miel, más melodioso al oído que la música suave, más deleitoso al corazón que todas las alegrías del mundo!³ ¡Oh! si las almas extraviadas por el materialismo ateo que se respira en nuestro siglo, llegaran á sentir, en medio del vértigo y de las amarguras que suelen llevarlas hasta el borde del abismo, la dulzura infinita de este santo nombre, ¿habría que lamentar tantas desgracias, tantos suicidios? ¿triunfaría tantas veces el infierno con la perdición eterna de esas almas descreídas?

10. Pero no le basta al pecador anhelante de salvarse estar tranquilo y reposar sobre la palabra de perdón:

¹ Hymn. Eccl. in fest. SS. Nom. Iesu.

² Ibid.: Iesu, dulcedo cordium.

³ Mel in ore, melos in aure, iubilus in corde.